

PALABRAS DE LA PRESIDENTE AQUINO DE FILIPINAS ANTE LA ONU

Con una visión realista y ponderada de la democracia difícilmente adquirida por su país, la Presidente de Filipinas, Corazón Aquino, se refirió a la reciente experiencia emancipadora de su pueblo ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, cuyo 41º período de sesiones se inició en septiembre en Nueva York. Con una herencia colonial hispana, estas islas asiáticas guardan, pese a su lejanía, algunas similitudes con las naciones latinoamericanas. En el plano político, Filipinas atravesó una larga etapa de autoritarismo personalista y corrupto, encontrándose ahora en el complejo período de una "transición débil e intranquila a la democracia". Asimismo, el gobierno Aquino confronta actualmente la amenaza desestabilizadora de una guerrilla de cierta fuerza, con la cual ha estado intentando entablar un proceso de diálogo y pacificación.*

El caso filipino ha sido uno de los acontecimientos sobresalientes de los últimos tiempos y las consideraciones de su actual dirigente, quien supo equilibrar con habilidad las distintas fuerzas opositoras al gobierno de Marcos, contienen elementos valiosos de pragmatismo político.

Lo irónico de las Naciones Unidas es que tantos nuevos líderes hayan subido a esta Tribuna, como lo he hecho hoy, con sentimientos diversos. Si; nosotros tomamos el poder para poner en práctica muchos de los ideales que defienden las Naciones Unidas. Hemos restaurado los derechos humanos y liberado a nuestro pueblo de la opresión y la corrupción de un Gobierno que desde hacía mucho tiempo había perdido su apoyo. No obstante, al igual que tantos otros líderes antes que yo, estoy obligada a decir que lo hicimos por nuestros propios medios. Fue el pueblo filipino solo el que se atrevió a rechazar la intimidación y el fraude en los comicios y cuando se robó su victoria salió a las calles, por millones, para reclamarla y asegurarla.

Lo cierto es que mientras que nuestro país sangraba a manos de un Gobierno que hacía mucho tiempo había perdi-

do todo el respeto por los derechos de nuestro pueblo, la esposa de su dirigente venía a esta misma Tribuna pretendiendo lanzar un llamamiento piadoso en pro de un nuevo orden humano —cuando miles de filipinos eran presos políticos— y en los últimos meses de la dictadura se expresó la solidaridad internacional de la gente de la calle por doquier que, sentados ante sus televisores, observaban y lanzaban vivas por nuestra revolución.

En este año, de entre todos, cuando en tantas partes del mundo vemos a los pueblos luchar para establecer sus derechos humanos, creo que uno debe ser franco si desea estar en la posición que corresponde. Quiero aprovechar esta oportunidad

* / Ver en este mismo número el artículo de Laurence Whitehead, "La corrupción política y sus efectos sobre las perspectivas democráticas".

para compartir con los pueblos oprimidos por doquier mi propia experiencia en cuanto a cómo se logra el cambio.

Mi conclusión básica puede presentarse muy simplemente: para ser libre uno puede como pueblo, apelar efectivamente a las normas internacionales de derechos humanos sentadas por otros, como las Naciones Unidas, pero, al fin de cuentas, para reivindicar esos derechos y lograr la libertad, hay que actuar por cuenta propia.

Las Naciones Unidas siempre se han mantenido al margen de los asuntos internos de las naciones porque su Carta establece que así sea. Evidentemente, esto es sabio en la medida en que impide que se abuse de la independencia soberana de las naciones. No obstante, ha sido también una invitación a la hipocresía. El valor de esta Asamblea debería residir en nosotros, sus miembros, llevando a la práctica lo que predicamos. A mi entender, ello requiere realismo y preocupación cuando nos ocupamos de los asuntos de otros. Realismo, en la medida en que no deberíamos prometer más de lo que podemos cumplir.

Debemos reconocer lo que el pueblo filipino ha aprendido: no hay sustituto a la propia acción de un pueblo oprimido. Pero deberían preocuparse por que no abusen de esta Sala aquellos que proclaman una norma de comportamiento y se comportan en casa de acuerdo con otra norma. No me entiendan mal. Las Naciones Unidas nunca deberían ser un club exclusivo para un modelo ideológico, porque no estaría cumpliendo con su principio fundamental de mantener la paz en un mundo imperfecto.

Hay muchas formas de gobernar un país, pero sólo hay una manera de tratar a la gente: con decencia y con respeto por su unicidad como individuos. Si los que tenemos la responsabilidad del liderazgo no respetamos a nuestros ciudadanos en sus derechos fundamentales a fin de que puedan completar sus vidas, nunca podremos mantener alta la cabeza aquí en las Naciones Unidas.

Las Naciones Unidas no tendrían sentido si tuvieran como objetivo juzgar sobre un sistema político en contra de otro.

Sin embargo, de la misma manera, si las Naciones Unidas permanecen impasibles ante la manera en que los gobiernos tratan a los pueblos, es que no son nada. Sólo necesito volver la vista a las emotivas palabras de la Carta de las Naciones Unidas. Las Naciones Unidas son para los pueblos, y si les fallan, ¿serían mejor que el más opresivo y corrupto de sus Estados miembros? Ni siquiera la diplomacia, que trata especialmente de los Estados, puede permanecer indiferente, sin peligro o desconcierto, ante la manera en que los Estados tratan a sus pueblos.

Por eso, como dirigente de un país que ha disfrutado este año del dulce sabor de la libertad, permítaseme una vez más confirmar nuestro apoyo a los valores que las Naciones Unidas defienden: la paz, la libertad, la dignidad y la hermandad de la humanidad. Pero permítaseme también hacer al mismo tiempo una advertencia a quienes se les niega la libertad y la dignidad: no la busquen más allá de ustedes mismos.

A nosotros en Filipinas nos ayudó mucho en nuestra determinación el saber que los pueblos de todo el mundo compartían nuestra lucha, que seguían nuestro drama a través de sus televisiones y de sus periódicos. Además, sabemos que los derechos por los que luchamos son los mismos por los que se lucha universalmente; están encarnados —pero no enterrados— en los pactos de las Naciones Unidas. La importancia de ese apoyo internacional nunca será suficientemente apreciada. Nos ayudó a saber que no estábamos solos.

Pero, aunque los autores de la Carta de las Naciones Unidas no llegaron al punto de reñir todo derecho de injerirse en los asuntos internos de otra nación, estaban respondiendo a algo más que a las realidades celosas de las relaciones intergubernamentales. Más bien reflexionaban sobre una verdad más duradera, que es la manera en que el hombre quiere ordenar su vida en este planeta.

Los pueblos deben ser dueños de su propio destino. El pueblo filipino ha conocido y ha agradecido la liberación que le han traído otros: en 1898, una libera-

ción que fue velozmente traicionada; y en 1946, una liberación que fue prontamente desperdiciada. Y ahora, después de conocer el delirio de romper nuestras cadenas por nosotros mismos, creo que todos los filipinos estarán de acuerdo en que sólo hay una liberación auténtica.

Sólo un pueblo, que ya es soberano en el corazón y en la realidad, puede ganar y puede conservar su independencia y su libertad. Esta no es una conclusión pesimista, porque además creo que ningún Gobierno puede resistir indefinidamente a un pueblo unido contra él. Puede tener los fusiles, los matones y el oro. Sin embargo, como hemos demostrado en Filipinas, no hay Gobierno que pueda resistir indefinidamente a un pueblo resuelto a ser libre.

Entonces, si las Naciones Unidas pueden no intervenir para brindar la libertad y la soberanía de que disfrutaban ciertas naciones a los pueblos a quienes le son negadas, si podrían evitar con cuidado el convertirse sin darse cuenta en asociadas de los opresores.

Paso ahora concretamente al gran tema moral al que se enfrenta esta Asamblea General: la situación de Sudáfrica. Mis oraciones están con Nelson Mandela y con su esposa Winnie, y con todos los surafricanos. El largo encarcelamiento del Sr. Mandela, separado de su mujer y de su familia, me recuerda inevitablemente al encarcelamiento de mi propio esposo, Ninoy Aquino.

La lección de mi país y de otros lugares como Argentina, cuyo Presidente, el Sr. Alfonsín, visitó recientemente Manila, es que cada acto de represión cosecha su propia lección. Al final, los valores humanos no pueden reprimirse. No pudieron serlo en Argentina; no pudieron serlo en Filipinas; no lo serán en Sudáfrica.

Es justo que cada uno de nosotros desempeñemos nuestro papel en la creación de una atmósfera de cambio en Sudáfrica. Filipinas apoyará toda acción de la comunidad internacional encaminada al advenimiento de la paz y la libertad en Sudáfrica y a mostrar solidaridad con su pueblo. Pero sería de gran ayuda si este fo-

ro tomara nota igualmente y actuara contra la opresión dondequiera que ocurra, en cualquier lugar en que se degrade y se abuse del pueblo, ya sea abiertamente o en su propio nombre. No creo que la fuerza de la acción moral se vea disminuida por esparcirla donde se necesite. Se robustece mediante el ejercicio y se debilita mediante el descuido.

Permítanme dirigirme a los millones de víctimas del *apartheid* de Sudáfrica, a las familias de los que entregaron su vida: no flaqueen en su unidad; busquen solamente su propia fortaleza y resolución.

Si alguna táctica nos sirvió especialmente en nuestro movimiento en pro de la libertad fue el abogar por un programa de acción que nos mantuviera unidos. En nuestro caso, ello significó el uso de la no violencia y una constante vigilancia en contra de la provocación de las autoridades. A menudo se me instó a ir más allá, a buscar una línea de mayor enfrentamiento. Pero mi constante preocupación fue mantener unida a la amplia coalición de fuerzas que respaldó nuestra campaña. A menudo decepcioné a algunos de mis partidarios al aprobar sólo acciones limitadas contra el Gobierno. Sin embargo, fue la férrea unidad de la oposición y el enorme apoyo de que disfrutó lo que sobrepujó al Gobierno. Eso significó no ir más de prisa de lo que nuestros partidarios estaban dispuestos a soportar. Esto nos permitió triunfar en aquellos desafíos en los que la oposición más estrecha no logró desalojar a la dictadura.

Quizá las Naciones Unidas no puedan ir más de prisa que sus miembros más renuentes, en pro de sus objetivos declarados de paz, libertad y dignidad para los pueblos de todas las naciones. Quizás, para su logro más significativo, deberíamos buscar más bien la paz que ayudó a preservar y la cooperación que fomentó entre naciones ya amigas, que la paz que no supo mantener entre naciones resueltas a ir a la guerra. Desde ese prisma deberíamos mirar también la saludable influencia en los consejos del mundo de aquellos de sus miembros que practican la libertad. Aun así yo he podido apreciar el logro de nuestra pro-

pia organización regional, la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN). Los pasos vacilantes de la ASEAN hacia la cooperación y el complemento económicos, en nombre de la paz y de la estabilidad en la región, tienen como objetivo servir y expresar la paz y la amistad permanentes entre los miembros que estaban allí desde su fundación.

Quizás todo lo que puedan hacer las organizaciones internacionales es crear una paz vigorosa por doquiera y fortalecer amistades perdurables.

Siempre he sido firme defensora de la paz. Quizás la tragedia de los conflictos es lo único que nos enseña dónde está el verdadero valor de la paz. Permitase que quienes somos amigos leales de la paz continuemos resistiendo la tentación de explotar los conflictos de nuestros vecinos. Quienes pertenecemos a la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN) comprendemos la importancia crucial de estos objetivos. Todos nuestros países han atravesado períodos de crisis provocadas

por la aparición de fisuras y debilidades, pero ninguno, pese a las diferencias de sistemas políticos y de creencias, explotó esas ocasiones. Por el contrario, se sobrepusieron a ellas con expresiones alentadoras de comprensión y ofrecieron ayuda y mediación, siempre respetuosos de la integridad de su vecino en situación trágica.

Así, pues, el mensaje de hoy es un esfuerzo encaminado a definir mejor esta misión de las Naciones Unidas para aguzar la mira y para que no haya más decepciones ni expectativas injustificadas. No habrá más esperanzas deshechas en aquellos que deben mantener su entereza para la lucha larga y difícil por la paz y la libertad. Por otra parte, habrá un reconocimiento más claro del compromiso y los valores irreductibles de las Naciones Unidas y un respeto más celoso de su integridad. Y por esa razón, quizás, habrá una perspectiva más segura de concretar los objetivos de paz, libertad y dignidad de las Naciones Unidas y de su asociación de toda la humanidad.